
Acto organizado por Farelitalia, con Andrea Ronchi, Angelino Alfano y Adolfo Urso Roma, 13 de junio de 2012

Para salir de la crisis no hay miagros. Nunca los ha habido. Los principios que han guiado a Europa hasta sus buenos momentos han sido siempre los mismos. Debemos recuperar los principios políticos en los que se apoya el euro, que no son neutrales ideológicamente y que por tanto necesitan de una intensa explicación en el terreno político puro para ser comprendidos y para obtener el respaldo electoral que los haga viables a medio y largo plazo.

Permítanme comenzar diciendo que mi intención no es sustituir al Partido Popular Europeo en sus responsabilidades. Me propongo tan solo ofrecer algunas reflexiones estrictamente personales sobre el momento europeo.

Con esa intención de hacer una contribución personal, apoyada en una larga experiencia política, quisiera comenzar recordando algo que me parece importante dadas las circunstancias y dado el rumbo que ha tomado últimamente el debate político y económico europeo.

Hace casi treinta años Europa tuvo que afrontar una encrucijada que podríamos resumir así: o fortalecía las bases de su progreso económico y social o esas bases no soportarían el empuje de la nueva economía global. Seguir igual no era una opción válida.

Las crisis de los años setenta habían dado por resultado el abandono del proyecto de unidad monetaria y la parálisis del Mercado Interior. Los Estados de lo que entonces eran las Comunidades Europeas reaccionaron ante las dificultades cerrando sus economías, pero eso no sólo no los ayudó a salir de la crisis sino que los hundió aún más en ella.

Tenemos algunos ejemplos históricos de aquellos años de los cuales deberíamos ser capaces de aprender. Especialmente deberíamos aprender de lo ocurrido en Francia entre los años 1981 y 1983, y recordar que la llegada al poder del socialismo y el desarrollo de un programa económico de amplia intervención estatal sólo sirvió para constatar una vez más –y ya son muchas– que de las crisis no se sale por ese camino.

La victoria de la izquierda de Mitterrand en Francia en 1981 generó una gran ola de entusiasmo sobre la existencia de una salida de la crisis por la izquierda. Es decir, de una salida sin esfuerzos.

Para hacernos una idea, en su programa figuraba la nacionalización de grupos industriales, la siderurgia, la electrónica, la industria espacial y de casi

cuarenta bancos. La ley de nacionalización, símbolo del nuevo modelo, se aprobó a principios de 1982.

Sin embargo, apenas un año después el estancamiento se hizo evidente: las exportaciones cayeron, la producción industrial se paralizó y la confianza se desplomó.

El resultado electoral de la izquierda inició un severo declive que pronto llevó a la cohabitación. La ilusión de que de la crisis se podía salir sin esfuerzo se transformó en desencanto y poco después la izquierda francesa tuvo que adoptar un programa de ajuste que irónicamente fue conocido como “rigueur”. Es decir, austeridad.

Porque mientras los demás países europeos rectificaban y conseguían remontar la crisis, Francia seguía inmersa en ella sin perspectivas de cambio.

Cuando esto cambió, Francia finalmente se alineó con el resto de los países europeos más importantes y eso permitió dar un nuevo impulso al Mercado Interior mediante el Acta Única Europea y, luego, con el proceso de Unión Económica y Monetaria, con Maastricht y con el euro.

Si recuerdo todo esto es porque la Unión Europea dispone de uno de los más importantes activos políticos: tiene historia. Y eso significa que podemos y debemos aprender de la experiencia.

La experiencia nos indica que cada vez que hemos reaccionado a las crisis abandonando los principios que rigen el buen gobierno de la economía, cada vez que hemos abandonado la cooperación, que hemos cerrado las fronteras, que hemos ahogado la economía, que hemos renunciado al Mercado Interior, sólo hemos conseguido retrasar nuestra salida de la crisis y hacer más graves nuestros problemas.

Y que cada vez que hemos sido fieles al proyecto económico europeo – aun cuando eso exija sacrificios- hemos salido ganando.

Si esto fue evidente en los años ochenta, hoy aún lo es más, en un mundo que se ha transformado radicalmente y que ha desplazado a nuestro continente a una esquina del mapamundi del cual antes era parte central.

En la ya larga historia europea hay una enseñanza más que también quisiera recordar. La Unión Europea es un instrumento de cooperación entre Estados nacionales; no puede sustituirlos sino que debe ayudarlos.

Hoy, ante la profunda crisis que sufrimos, algunos promueven desesperadamente una rápida unificación política de los Estados de la Unión. Tampoco esto es nuevo. A principios de los años ochenta abundaron las propuestas de este tipo, que finalmente -y afortunadamente- quedaron en nada.

Aparte de que no existe base jurídica alguna en los tratados que permita adentrarse en ese camino; aparte también del hecho no menor de que los Estados miembros tienen cada uno su propia Constitución en vigor; y aparte de las innumerables objeciones políticas, institucionales, culturales e históricas que desaconsejan ese tipo de aventuras, conviene recordar que la unificación política no asegura nada en materia económica, si es que lo que se espera de esa unificación es que nos saque de la crisis.

El problema de los Estados europeos no es haber carecido de suficiente entidad política. Su problema es haber gobernado mal la economía; es haber gastado más de lo razonable y mucho peor de lo exigible; es haberse apartado del Pacto de Estabilidad y Crecimiento originario; es haber traicionado los compromisos del euro.

La pretensión de que nos va como nos va por ser como somos, trata de ocultar detrás de una supuesta deficiencia estructural insuperable responsabilidades que normalmente tienen nombres y apellidos. No nos va como nos va no por ser como somos sino por haber hecho lo que hemos hecho. Y hay responsables de eso, aunque ellos quieran presentarse como víctimas de una superestructura ingobernable que nos abocaba necesariamente al desastre.

Yo he gobernado un país que sin duda necesita reformas institucionales de fondo. Pero eso no me obligó a la irresponsabilidad y al derroche. De hecho, hice lo contrario. En el caso español, han sido precisamente quienes han conducido a España al desastre quienes difunden la idea de que en realidad la responsabilidad es del sistema mismo y no de quienes lo han gobernado.

Esto es una simple huida hacia ninguna parte, aunque quienes huyen pretendan encontrar refugio en Bruselas.

Ahora, es indispensable hacer reformas profundas que no son fáciles. Y si ya es difícil que cada país acepte su propia responsabilidad, la transferencia de esa responsabilidad ejecutiva a la propia Unión Europea no haría más que garantizar el fracaso de la operación.

Tenemos un formidable problema de opinión pública que sólo puede resolverse con un debate abierto en el seno de cada país acerca del modelo social posible, de sus costes y de sus beneficios. No eludiéndolo y enviándolo a Europa.

Si los Gobiernos nacionales eluden esa responsabilidad, si pretenden transferirla a una institución como la Comisión Europea –que tiene su papel, pero que no puede tener ése- entonces podemos estar seguros de que las reformas no se harán y de que la Unión Europea padecerá una degradación de su imagen pública y un rechazo ciudadano sin precedentes.

Ya somos una unión política en Francia, en Italia, en España, en Portugal, en Grecia. Y eso no nos asegura la prosperidad.

La Unión Europea tiene un trabajo que hacer en la promoción del buen gobierno de la economía. Pero el buen gobierno sólo puede ejercerse en el seno de los Estados. Son ellos los que cuentan con la legitimidad y con la lealtad indispensable para llevar adelante las reformas.

Esto no significa que no debamos mejorar los instrumentos institucionales de cooperación, o incluso que no debamos crear herramientas comunes que tienen pleno sentido en un entorno económico y financiero tan integrado como lo es ya la Unión Europea, especialmente la Eurozona.

Yo mismo propuse hace un año en las páginas del *Wall Street Journal* una red de seguridad bancaria europea, sobre la idea de que los miembros de la Eurozona deben repartirse los costes de resolver las crisis bancarias en todos los países del euro.

Porque los mercados bancarios nacionales dejaron de existir hace ya muchos años en la zona euro para pasar a configurar un único mercado bancario europeo. Y debo decir que me alegra ver que esta propuesta está cobrando hoy plena actualidad.

Son estas soluciones concretas a problemas concretos las que necesitamos. Soluciones que son coherentes con el estado de desarrollo del proceso de integración, que generan valor económico y que carecen de costes políticos. Y que nada tienen que ver con las soluciones imposibles a problemas inexistentes hacia las que en ocasiones nos deslizamos.

Lo que nos pasa nos viene pasando desde hace mucho tiempo. Hace veinte años propuse para mi país lo que denominé un “acuerdo nacional para Europa”, un acuerdo que debía ocuparse, y cito desde 1991, “de la mejora del sistema fiscal, del control de la eficacia del gasto público, de las inversiones públicas y de las prestaciones de los servicios públicos”.

Cuando presidí el Gobierno de España fui coherente con ese programa y los frutos no tardaron en llegar. Hoy la situación es más grave, pero el núcleo político es el mismo.

Creo que ese tipo de acuerdos nacionales para Europa que me parecían necesarios en 1991 deben generalizarse hoy en todos los países de la Unión.

En esos acuerdos de base nacional, que luego deben tener su expresión supranacional, hay que encontrar el impulso político que necesitamos.

Para salir de la crisis ni hay milagros ni hay atajos. Nunca los ha habido. Los principios que han guiado a Europa hasta sus buenos momentos han sido siempre los mismos.

Debemos recuperar los principios políticos en los que se apoya el euro, que no son neutrales ideológicamente y que por tanto necesitan de una intensa explicación en el terreno político puro para ser comprendidos y para obtener el respaldo electoral que los haga viables a medio y largo plazo.

Sin un trabajo sostenido de persuasión política que explique el sentido económico de la Unión Europea y lo que nos jugamos en ella, ningún acuerdo europeo podrá sobrevivir al embate de los demagogos y de los aventureros de la política, que nunca faltan.

Igualmente, necesitamos poner fin a la desubicación estratégica con la que Europa ha iniciado su andadura en el siglo XXI, mediante una afirmación inteligente y flexible de su propia entidad y de su propio interés. No podemos seguir siendo un continente a la deriva, sin anclajes estratégicos; sin compromisos firmes que sirvan a la defensa de nuestros intereses y del tipo de sociedad que apreciamos.

Hay desafíos inminentes ante los que no podemos cerrar los ojos.

Creo que estas son las bases sobre las que recomponer la economía y la política europeas. Las bases sobre las que debe desarrollarse la política cotidiana, que hoy, igual que siempre, exige grandeza de espíritu, capacidad de liderazgo y sentido de la historia.